

## 1. El escribano de Azúa

Cortés llegó a la isla de Santo Domingo por la Pascua Florida del 1504. Traía una barba rala, como de adolescente, la color cenicienta, desvaída, y, en general, ofrecía el aspecto de un muchacho triste que estuviera a punto de coger las viruelas. Pese a ser membrudo y de buena estatura, como tenía pocas carnes, daba la impresión de hombre frágil, con escasas condiciones para desenvolverse en el misterioso trópico de las Indias.

Se registró en el municipio de Santo Domingo como natural de Medellín, nacido en el 1485, hijo de Martín Cortés y de Catalina Pizarro. El secretario del gobernador de la isla, que se dedicaba a la usura, le tuvo que hacer un préstamo porque venía con lo puesto. Después se supo que también traía un bulto con varios libros de leyes y uno de gramática. De ahí nació la leyenda de que era bachiller por Salamanca, cuando en realidad apenas estuvo en la universidad dos años y sus estudios terminaron de mala gana por su afición al juego y a las mujeres. Sin embargo, durante toda su vida habría de conservar pretensiones de gramático, complaciéndose en corregir todos los documentos que le presentaban a la firma los escribanos; en cuanto a las pocas leyes que aprendió, se las ingeniaba para manejarlas con gran provecho.

Pero todas estas condiciones habrían de mantenerse ocultas durante bastantes años. En aquella primavera de su llegada a América comenzó por ponerse enfermo, con fiebres altas, y la impresión del cirujano fue mala porque el propio muchacho le informó que en su infancia había estado varias veces a la muerte, por falta de salud, y que si logró salir adelante fue gracias a las oraciones de su madre, que le puso bajo la advocación de san Pedro. Tan mal le vio el ciru-

jano que le recomendó que continuase rezando al apóstol y le recetó, como único tratamiento, paños de agua fría.

Sin embargo, dos años después, hubo de atenderle el mismo cirujano por motivo muy distinto: la riña que mantuvo con un expedicionario del Darién, mala persona, con fama y hechos de traicionero. Aunque no eran infrecuentes tal clase de peleas en la isla, en esta ocasión llegó a oídos del gobernador por las circunstancias que concurrieron en ella. Frecuentaba Cortés a una mujer conocida por sus licenciosas costumbres que, sin ser hermosa, resultaba muy atractiva en comparación con las mujeres indias de aquella parte de la isla, que no acababan de agrandar a los españoles por su extraño color, su complexión achaparrada, sus rasgos inexpresivos, y hasta su pasividad para expresar sentimientos amorosos. Tenía Cortés a la sazón veintiún años, buen talle, pero la escasez de la barba y la palidez del rostro le daban un aire añorado que resultó muy del agrado de aquella mujer madura, a la que llamaban *la Cesareña*. No obstante, cuando se tuvieron noticias de que regresaban los expedicionarios del Darién, *la Cesareña* advirtió a su joven cortejador que se apartara por un tiempo ya que su negocio consistía en atender a conquistadores que vinieran de tierras donde pudieran haber hecho rescate de oro y piedras preciosas. Aquella mujer, confundida por el aire meloso que sabía adoptar Cortés para sus asuntos amorosos, creyó que bromeaba cuando éste le dijo:

—Os advierto que yo nunca abandono una plaza conquistada.

Tenía Cortés los ojos tristes, melancólicos, que no se correspondían con las bromas a las que tan aficionado resultó ser. La mujer, siguiéndole el juego, le advirtió a su vez que no diera por tan suya la plaza.

–Razón de más –insistió el joven caballero sin perder la sonrisa.

Al día siguiente, que era domingo, *la Cesareña* se presentó en la misa mayor toda vestida de blanco y con un criado negro que le llevaba la sombrilla. El negro se llamaba Tadeo y era tenido en mucha estima por su ama, a la que prestaba servicios muy diversos, entre ellos el de negociarle entrevistas con los capitanes, y funcionarios de la Audiencia. Pese a su condición de esclavo, era hombre de tan descomunales fuerzas, que incluso los caballeros le temían ya que cuando se emborrachaban, o se propasaban en casa de su ama, Tadeo los arrojaba a golpes y cuando recuperaban el sentido les pedía perdón en su nombre y en el de *la Cesareña*.

A la salida de la misa coincidió en el atrio de la iglesia el expedicionario del Darién con el joven Cortés, quien tomó del brazo a *la Cesareña* y allí mismo hubo un cruce de palabras entre ellos que nada bueno hacía presagiar. La mujer, encendida en cólera con quien así le espantaba la caza, dio instrucciones a Tadeo para que se deshiciera de él. El negro fingió que obedecía, pero lo que hizo fue aconsejar a Cortés, del que era muy devoto ya que, a diferencia de otros que frecuentaban a su ama, el joven se mostraba deferente con él y aunque no era hombre adinerado, en cada visita le gratificaba con una monedilla de oro. Tadeo tomó en un aparte a Cortés y mucho le encareció que no se metiera con gentes acostumbradas a ganarse la vida en la Costa de las Perlas a fuerza de asechanzas y traiciones. De aquél, al que llamaban Magrán y se decía capitán, se contaba que su oficio era invitar a subir a los indígenas en su barco, so pretexto de ofrecerles cosas de rescate y vino, y cuando habían embarcado los emborrachaba, levaba anclas y los llevaba a vender a los puertos de Jamaica y La Española. Tenía fama de ser muy diestro con el cuchillo, del que se servía con engaño. En una ocasión en la que pretendía hacerse con un poblado de in-

dios del Cumaná, como el cacique recelase porque la mala fama le había precedido, el capitán se presentó a él, sonriente, con los brazos abiertos, mostrando no llevar espada, y cuanto tuvo al cacique entre sus brazos, le clavó la daga que llevaba disimulada al cinto.

Estas y más cosas le contó Tadeo a Cortés, expresándose en buen castellano ya que había sido esclavo en Sevilla antes de que se descubriera América; es más, le prometió que si se presentaba la ocasión procuraría vapulearle como hacía con otros clientes de su ama.

Cortés agradeció la intención, le dio un doblón de oro, pero a la hora de más calor, serían las cinco de la tarde, se presentó en casa de *la Cesareña* como tenía por costumbre.

El capitán Magrán, a quien acompañaban dos soldados, uno de ellos el músico Ortiz, gran tañedor de guitarra, recibieron festivos al joven Cortés y, conforme a la costumbre de la época, le gastaron bromas soeces referidas a *la Cesareña*, que dormía la siesta mientras ellos bebían y cantaban. Cortés, con suaves y engañosas palabras, les afeó su conducta, provocando la hilaridad de los soldados. Tadeo se personó en el salón armado de una vara y poco después hizo acto de presencia *la Cesareña* con los afeites de la cara corridos y el vino atravesado.

—No quiero peleas en mi casa —advirtió a los reunidos, mirando con especial fijeza a Cortés.

El joven correspondió con una inclinación y se encaminó a la puerta de salida, seguido de los soldados. Como para corresponder a la atención de Cortés, o quizá conmovida por la sensación de desamparo que ofrecía su figura, la mujer retuvo por un brazo a Magrán y le susurró:

—No quiero que corra la sangre en mi casa ni en sus alrededores; con que le hagáis correr a él es suficiente.

Asintió el capitán Magrán por ser *la Cesareña* mujer con la que convenía estar a bien, por muy diversas razones, y le aseguró que el escarmiento no pasaría a mayores. Pero Cortés no era del mismo parecer y desde los primeros envites se vio que su destreza en el uso de la espada era muy superior a la del capitán, hombre corpulento, más acostumbrado a embestir al frente de sus soldados que a fingir ante un esgrimidor que, como luego se supo, había tenido en Salamanca mejores maestros de armas que de leyes. O, por lo menos, el joven estudiante había mostrado más afición a aquéllas que a éstas, quizá porque su desmedida vocación al juego en tiempos de penurias y tahúres le hicieron aconsejable saber defenderse en la vida, máxime cuando, expulsado del hogar paterno por haber dilapidado en Salamanca la escasa hacienda de hidalgo pobre que era su padre, se vio obligado a vivir durante más de un año, a la flor del berro, por todos los garitos del levante español, so pretexto de que iba a embarcarse para Italia a las órdenes del Gran Capitán, lo cual nunca sucedió. Bien es cierto que cuantos le conocieron de aquella época, aunque no le negaban tan feo vicio, reconocían que era de buen perder y sabía hacerlo con el rostro sonriente. Pero en tiempos tan turbulentos, empuñados los españoles en diversas guerras en el mundo entero con lo que ello comporta de poco aprecio para la vida ajena, era inevitable que un jugador de aspecto aniñado tuviera que salir de aquellos tugurios, en más de una ocasión, sirviéndose del acero.

En el expediente que se instruyó ante la Audiencia, el músico Ortiz mostró buen natural y declaró que no podía asegurar de quién partió el desafío, pero que ante la superioridad de esgrimidor de Cortés, el capitán Magrán tomó con su mano izquierda la daga florentina que siempre llevaba consigo, tirando un viaje traicionero a su contrincante

al que hirió en el labio inferior. Entonces fue cuando Cortés atravesó con su espada de parte a parte al capitán, en punto tan vital, que murió casi en el acto.

Concluido el expediente, el gobernador Ovando mandó llamar a Cortés y, mostrándole los barcos surtos en el puerto, le dijo:

—Mirad en qué navios de éstos queréis volver a Castilla.

Don Frey Nicolás de Ovando, comendador mayor de la Orden Militar de Alcántara, era hombre cristiano y piadoso con los pobres, manso y bien hablado con todos, pero inflexible en la administración de justicia. Al joven Cortés, que lo sabía, se le llenaron los ojos de lágrimas y le suplicó con muchas razones. Comenzó por confesarle su vida pasada, sus malos pasos por Salamanca y Valencia y cómo el regreso al hogar, una vez más fracasado, podría ser la muerte para su padre. Acostumbrado el gobernador a tratar con funcionarios corruptos y conquistadores endurecidos, se sintió conmovido por la angustia del joven y cambió la pena por la de confinamiento en la costa oeste, en un pueblo llamado Azúa, del que llegó a ser escribano público.

Hay quien cuenta que fue en Azúa donde le dio por empezar a soñar y que su sueño más continuo era cómo lograr salir de la pobreza. El gobernador Ovando, para que el joven extremeño pudiera cumplir sus propósitos de enmienda, le asignó una granjería de ciento cincuenta indios, y Cortés puso al frente de ellos como capataz al negro Tadeo. De *la Cesareña* nunca quiso volver a saber nada.

Azúa contaba con un censo de tres mil habitantes, no más de media docena de casas de sillería y adobe, y el resto eran casas indígenas construidas de rollizos de madera, con techo de palma de maguey. Tenía una fortaleza con guarnición de veinte soldados y una iglesia de buenas proporcio-

nes. Durante aquellos años, Cortés mostró mucha afición a los cultivos y siempre andaba negociando semillas que llegaran de España para intentar aclimatarlas a las humedades del trópico. Presumía mucho de sus cosechas de maíz y se mostró infatigable en el tráfico de cerdos, que a la sazón era la única carne que se producía en las islas. También procuró sacar oro del río Ocoa, pero el resultado era mísero en comparación con el esfuerzo.

En el otoño del 1509 hubo algunas rebeliones de indios tainos y Cortés se limitó a defender su hacienda, con ayuda del negro Tadeo y apoyo de la guarnición, pero no mostró ningún interés en acometer empresas militares. Es más, renunció a participar en la conquista y repoblación de Puerto Rico, pese al afán que en ello mostraba el virrey Diego Colón y lo mucho que ofrecía de tierras e indios a los que allá fueran.

Como para corresponder a la misericordia que con él había tenido el gobernador Ovando, cuidaba mucho de no lucirse con la espada en lances que no fueran en defensa de su persona o hacienda; en cambio, se esmeraba en su trabajo de escribano y llegó a adquirir cierta fama por la pulcritud y buena redacción de sus escritos.

Cuando cumplió los veinticinco años se le puso un aire apacible, de hombre maduro, como correspondía a tal edad en aquellos tiempos, y cuidaba mucho su barba a fin de que le cubriera la cicatriz amoratada que le dejara la traicionera cuchillada del difunto Magrán. En la Navidad del 1510, por un barco al mando del piloto Daniel Romero, envió correo para su padre, Martín Cortés, pidiéndole perdón por su vida pasada y mandándole sus ahorros de varios años, en monedas de oro y plata, para compensarle del mal uso que hiciera del modesto peculio familiar en su primera juventud. Don Martín Cortés le contestó con una carta regada con sus lágrimas, dándole su bendición y diciéndole que aquellos

dineros los guardaban por si alguna vez Cortés tenía precisión de ellos. También le encarecía que tomase esposa cuanto antes, pues estaba en sobrada edad para ello, y se ofrecía a buscarle alguna joven, bien dotada, que estuviera dispuesta a viajar a las Indias. Cortés guardó esta carta en una bolsita de cuero que llevaba al cuello, de la que no se separaba, pero a este último ofrecimiento nunca contestó.



## 2. El hacendado cubano

Funcionaba con tal eficacia la corrupción en todo lo referente al gobierno de las Indias, que sus efluvios alcanzaban a los más modestos funcionarios y Cortés, en su condición de escribano de Azúa, obtenía más beneficios con las dádivas y cohechos del cargo que por su trabajo como granjero. Sin embargo, perseveraba en él porque hasta el fin de sus días habría de conservar su afición a hacer fructificar la tierra.

Todo hacía suponer que Cortés estaba llamado a prosperar como hacendado y funcionario de la Corona y a terminar sus días en La Española, cuando en el 1511 el virrey nombró a Diego Velázquez como capitán general para conquistar y poblar la isla de Cuba, a la sazón tan desconocida que navegantes y conquistadores andaban discutiendo si era isla o continente. Diego Velázquez, hombre de hermosa presencia, tenía a su favor el prestigio que le daban sus enormes riquezas, al punto que parecía que cuanto hacía en favor de la Corona era tan sólo por dar más gloria a Dios y al rey. Pero, aun siendo rico, no se cansaba de serlo y tenía en mucho aumentar continuamente sus caudales, no desperdiçando ocasión para ello, aunque se daba gracia para hacerlo de modo que cuantos le rodeaban también sacaran provecho.

Conoció a Cortés con ocasión de un alegato que éste tuvo que hacer ante la Audiencia por un problema de linderos entre dos hacendados de la villa de Azúa, y quedó prendado del buen decir del extremeño, que tenía un modo de hablar muy cautivador. A partir de entonces hicieron amistad compartiendo el vicio que ambos tenían a darle al naipe; pronto se apercibió Cortés de la gran afición que mostraba el capitán general a lucrar dineros, y que ningunos le hacían tan dichoso como los que ganaba en la mesa de juego. En

este punto procuraba darle gusto, fingiendo desesperarse cuando perdía y recibiendo, en compensación, otras satisfacciones, siendo la más señalada de ellas su nombramiento como tesorero del rey para la isla de Cuba, que todavía estaba por conquistar.

En la Navidad del 1511 partió de La Española una armada rumbo a la perla del Caribe, compuesta de trescientos hombres, con buena dotación de escopeteros, ballesteros y culebrinas, que apenas avistaron la isla comenzaron a tirar pólvora, de manera que los indígenas despoblaron toda la costa, porque todavía no estaban ciertos de que los españoles no fueran inmortales. De la parte de Jamaica vino el capitán Pánfilo de Nárvaez, hombre muy lucido, pelirrojo, de buena estatura, al mando de cuatro navios que ayudaron a que la conquista fuera rápida y sin excesivo derramamiento de sangre.

En aquella ocasión fue cuando Cortés, por vez primera, se asomó a la riqueza ya que la isla de Cuba resultó más feraz y bien dotada que las hasta entonces conocidas, e incluso las mujeres no tan feas como las caribes o tainas, al punto que Cortés se prendó de una de ellas, a la que comenzó por bautizar poniéndole el mismo nombre que su madre, Catalina Pizarro, como prueba de deferencia, y de ella tuvo una hija, a la que siempre quiso mucho.

—De ésta, mi amo, nos hacemos ricos —le dijo el negro Tadeo, que no habría de separarse ya de Cortés hasta la batalla de las calzadas de México.

Había resultado Tadeo hombre de singular talento para los más diversos oficios y la gran ilusión de su vida era terminar sus días en la ciudad de Sevilla, rico y casado con alguna mulata, lo cual le parecía el colmo de la distinción. En cambio, mostraba desprecio por los indios, a los que se complacía en maltratar cuando no estaba su amo delante, y

en cuanto a las indias, le producían tal repugnancia que no comprendía cómo los conquistadores eran tan proclives a mezclarse con ellas.

Como tesorero del rey, el oficio de Cortés no era pelear, sino recaudar el quinto de cuantas riquezas hubiera en lá isla, con destino a las arcas de su majestad, y en esto le sirvió de gran ayuda el negro Tadeo, pues los indígenas temblaban en su presencia y no osaban ocultarle ningún bien. También se daba mucha maña en herrar en la mejilla a los indios que merecían ser esclavos, siendo éstos los que se oponían con las armas a la pacífica penetración de los conquistadores.

Aunque no fuera de su obligación, también se ocupaba Cortés de recaudar la parte que correspondía a Diego Velázquez, quien, tan pronto como terminó de conquistar aquella hermosa tierra, se hizo designar gobernador de ella y a Cortés, en pago de sus servicios, le nombró alcalde de la villa de Santiago de Baracoa, y fue cuando el negro Tadeo le dijo:

–De ésta, mi amo, nos hacemos ricos sin necesidad de andar tras el oro.

Si te ha gustado lo que has leído, puedes adquirir el libro pulsando en el enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/hernan-cortes-cronica-de-un-imposible-jose-luis-olaizola/>